

## INTRODUCCION.

### I.

No sé si estas líneas que trazo en los momentos en que espira un año, que ha sido para mí de grandes amarguras y emociones, están destinadas á ver un dia la luz pública, y á preceder al primer capítulo de un libro. Dejo volar la pluma satisfaciendo ántes que todo una necesidad del corazon, sin cuidarme con extremo de la forma que tomarán los pensamientos, ni del ornato retórico de las ideas, ni de la artística distribucion de los asuntos. Quiero sencillamente formular, no ya el resultado definitivo (que á tanto no llega la flaca razon humana), sino la síntesis modesta de estudios que hoy constituyen mi encanto ; fijar recuerdos que consuelan y deleitan el espíritu ; detener, si es posible, en su curso fugaz, impresiones bienhechoras ; reproducir una parte leve, siquiera el eco lejano de aquella conversacion íntima y misteriosa, que, con las obras del genio y con los genios inmortales, logra entablar á veces el alma humilde y agradecida de los que, no sabiendo crear, tienen á lo ménos la dicha de sentir.

Visitar Roma y recorrer sus maravillas con la inteligencia serena y el corazon, si no sano, tranquilo, debe ser uno de los pocos placeres sin hastío y sin remordimiento de que pueda gozarse acá en la tierra ; pero con ser muy vivo y puro ese pla-

cer, acaso no da tan alta idea de la grandeza y portentos de la ciudad eterna, como la dan la misma visita y la misma peregrinacion, hechas bajo la pesadumbre de inmensos dolores y de terribles infortunios; que no parece sino que el alma, de tal modo sobreexcitada, se hallé más dispuesta al influjo de lo sublime, y que á través de los ojos humedecidos perciba, si así puede decirse, más bella la belleza, y más santa la santidad.

Yo he venido á Roma en estas condiciones de espíritu. Á la pregunta del pastor de Virgilio:

*Et que tanta fuit Romam tibi causa videndi,*

no puedo responder de otra suerte que enviando una mirada y un suspiro á la infeliz España, sumida en los horrores de la anarquía. Sobre aquella tierra clásica de la generosidad, de la nobleza y del honor, bate sus alas el genio de la rebelion, poniendo espanto en los ánimos, atribulando las conciencias, haciendo subir á la superficie todas las heces y todas las miserias de una sociedad no bien asentada, y apénas repuesta de larga serie de conmociones y trastornos. Allí donde la unidad católica, argumento feliz de una epopeya de siete siglos, era como lazada del cielo que mantenía en apacible concordia reinos, razas y dialectos diferentes; donde la unidad monárquica, emblema y símbolo de inmarcesibles glorias, era como segunda lazada con que la mano poderosa de Isabel de Castilla ató un día á los dominios españoles la asombrosa vastedad de un mundo nuevo; allí donde la lealtad fué siempre característica, y la fe del juramento inviolada, y el respeto á las damas proverbial, en un solo instante, como obedeciendo á conjuro fatídico, sufren tan altas virtudes un eclipse pavoroso; por delante del astro fúlgido y sereno de la historia y de las grandezas españolas pasa el astro opaco y sangriento de la demagogia; y el perjurio y la alevosía y la calumnia, erigiéndose en derecho, reproducen, en medio de las sociedades más cultas del orbe, en el seno de la que un tiempo fué maestra y dominadora de la Europa, el triste espectáculo de las más abyectas repúblicas americanas. ¡Dejemos pasar la injusticia de los hombres, instrumento acaso de la justicia de Dios!

## II.

De todas las naciones de la tierra hay hoy viajeros en Roma. Vienen unos en alas del espíritu religioso á visitar devotamente estos lugares, viva y monumental historia del cristianismo; á orar en las catacumbas, en la esplendorosa oscuridad de los siglos de la fe, sobre la tierra santificada por los mártires y confesores; vienen á postrarse ante la cuna del Salvador en la basílica de Santa María, á subir de rodillas la escala santa de Jerusalem, á adorar á Dios junto á una sepultura gloriosa bajo la cúpula inmensa de San Pedro, á recibir del Pontífice santo en la gran plaza, donde se congregan la ciudad y el mundo, la bendicion, que alcanza á todas las gentes y á todos los confines. Éstos son los verdaderos peregrinos de la ciudad eterna; los que continúan la tradicion de los siglos; los que en los dias de la persecucion arrostraban todos los peligros por llegar hasta el sepulcro de los apóstoles; los que en la Edad Media llenaban los caminos, cantando himnos de amor á la patria de los mártires; los que Dante vió en apretada muchedumbre á lo largo del puente de Adriano ávidos de ganar el jubileo; los que van, en fin, hijos sumisos, á reiterar el homenaje de su obediencia y de su amor en el seno de la que es madre y cabeza de todas las iglesias, metrópoli augusta del cristianismo: éstos son, y serán siempre, los verdaderos peregrinos de la ciudad eterna: á ellos está reservado un género de delicias que no pueden gustar los espíritus sin fe, ó de fe tibia; los corazones que tienen en la tierra su raíz, y que, nutriéndose de vanidades, ni dan aromas de sabiduría, ni frutos de santidad. El recuerdo ó la visita de esos peregrinos inspira un sentimiento de veneracion, que consuela y que subyuga.

Otros hay á quienes el amor de lo bello y de lo maravilloso arrastra con atractivo irresistible hácia este centro de toda grandeza artística, escuela universal donde aprenden las gene-

raciones y se forman los maestros; vasto y admirable museo donde las bellas artes, en la serie de los siglos, han depositado sus obras capitales y conservan el esplendor de su culto. Para esos viajeros hay aquí fuentes perennes de inspiracion, joyas, ante las cuales se detienen arrobados y permanecen extáticos. No es posible ver sin una emocion de alegría y de respeto inexplicables al pintor de lejanas tierras, á quien parece que una fuerza misteriosa sujeta y clava enfrente de la *Transfiguracion* de Rafael; al escultor que quisiera penetrar con la mirada en el secreto de aquella vida artística que palpita en el *Torso* del Belvedere, ó irradia de la frente del *Moisés*; al arquitecto, en fin, que anhela encerrar en los ámbitos de su inteligencia el Pantheon de Agrippa, ó las colosales proporciones del Anfiteatro Flavio, ó el plan gigantesco de la casa de los Césares.

Los arqueólogos y los eruditos vienen tambien de todas las partes del mundo á estudiar en los despojos y ruinas de remotas edades el genio y los caracteres y las vicisitudes várias de civilizaciones que pasaron. Los circos caidos, los teatros y los foros casi borrados de la superficie de la tierra, los templos en escombros, las columnas truncadas y los capiteles rotos, forman un libro interesante, donde la ciencia verdadera lee grandes cosas, y donde la falsa ciencia escribe grandes errores, y á veces grandes calumnias.

Sabios de todos los países y de todas las lenguas se complacen en recorrer el hoy solitario campo, donde se cumplieron los destinos de la Roma de los reyes; y el Comicio y el Foro, donde hirvió la Roma de la república; y la casa dorada de Neron, triste emblema del poderío imperial; y la via sacra, por cuyo pavimento de mármol rodaron los carros de marfil y de oro; y el espacio donde fué la curia, y cuyos muros repitieron la voz de Ciceron, que todavía resuena en el mundo con eco inextinguible; y las alturas, en fin, del Capitolio, donde los reyes de los pueblos doblaron tantas veces la rodilla ante la majestad del pueblo-rey.

Para los arqueólogos y los insignes maestros de la historia, que miran como asunto principal la fijacion topográfica de un templo asendereado por los regionarios de la Edad Media, y

litigan con tenacidad el mejor derecho de Rómulo ó de Vesta á la propiedad de unas ruinas, y discuten meses y años, y se agitan en un piélago de conjeturas por concordar una cita, é interpretar un texto acaso insignificante de Horacio ó de Suetonio; para los espíritus que viven en plena antigüedad y se remontan, no ya á las cumbres del tiempo coronadas por las primeras verdades históricas, sino que todavía perdiendo de vista la tierra, aspiran á penetrar en aquellas esferas crepusculares por donde vagan la tradicion y la leyenda; para los iniciados en el lenguaje científico de las ruinas, distinto de aquel otro lenguaje poético que Chateaubriand comprende y traduce tan admirablemente, Roma debe tener encantos, ¿quién lo duda? — Pero encantos sombríos como los subterráneos de las termas de Tito, y como los sepulcros despedazados de la Via Appia. Los que por llegar pronto al Foro y ver cuanto ántes las columnas que aún quedan en pié del templo de Saturno ó del de Vespasiano, pasan de largo por la humilde iglesia que se alza sobre la cárcel Mamertina, última morada en la tierra del Príncipe de los Apóstoles, están privados del deleite más puro con que Roma brinda á los espíritus católicos.

Para los arqueólogos indiferentes ó poco atentos á los grandes recuerdos cristianos, que comienzan al pié del Quirinal en la casa de Pudens, primera vivienda de San Pedro, y llegan, marcando la prosecucion de las edades, hasta la columna que en la plaza de España conmemora el misterio de la Concepcion immaculada; para los eruditos, que entusiasmados con el latin de Virgilio y de Ciceron y de Salustio, desdeñan el humilde latin del *Martirologio* y del *Bulario*; para esos arqueólogos y para esos eruditos están desdichadamente cerradas las páginas más bellas é instructivas del libro de Roma: que, cuando se ciegan los ojos de la fe, luégó al punto se quedan sordos los oidos del corazón.

De gran dicha están privados aquellos otros viajeros, que, sin espíritu de devocion y sin anhelo artístico ó científico de alguna especie, vienen á Roma y a sus ruinas y á sus basílicas y á sus museos, en busca de clima templado, ó por reverencia á la moda veleidosa, que manda á sus vasallos cambiar de

objetos y de impresiones; masa flotante destacada del fondo de la sociedad europea y americana, que se mueve en invierno para asomarse en Niza á las regiones benignas del Mediodía, y en verano para respirar las auras del Norte en las márgenes pintorescas del Rin. Esos viajeros en Roma, como en todas partes, inspiran solo sentimientos de fría curiosidad; son las muestras recíprocas, el contingente comercial con que en cada estación contribuyen entre sí los pueblos cultos para darse cuenta, no siempre veraz, de su riqueza y de su lujo respectivo. Los que todo lo ven cuando pasan por Londres ó por París, suelen á su paso por Roma no ver nada; y esto consiste en que las interminables líneas rectas y el prosaico bullicio de las capitales de Inglaterra y Francia no favorecen ni preparan el espíritu para visitar esta ciudad de Roma, donde las horas del día parecen más duraderas y lentas, como si el sol se recreara en acariciar sus maravillas, y donde las horas de la noche pasan rápidas y serenas, envueltas, como diría lord Byron, en tinieblas azuladas: la masa flotante de los viajeros sin objeto sufre en Roma la más amarga de las decepciones: cualquiera capital de Europa que no tenga ruinas, ni Vaticano, ni Letran, ni catacumbas, tiene mejores teatros. En Roma no hay *Boulevarts* ni prefecto del Tíber. Dios quiera preservarla de unos y otro.

### III.

Estas páginas no están escritas ni por un peregrino, ni por un arqueólogo, ni por un *touriste*. No pertenezco á ninguno de los grupos descritos. Desde los albores de mi razón, áun antes de que el estudio del derecho romano despertase en mi inteligencia ideas que sólo en Roma se pueden esclarecer, antes de que yo supiese por las lecciones y por los libros de historia que hubo un pueblo y una gente, que sojuzgaron á la tierra con la fuerza y con las leyes; y que la síntesis de aquella gente y de aquel pueblo era una ciudad que encerró en sus muros todos los poderes, todas las grandezas y hasta los dio-

ses todos de las antiguas falsas religiones; antes de saber que en la ciudad de las siete colinas está escrita con caracteres de luz la historia de las artes, y vuelan en museos y en palacios y en basílicas la riqueza de los siglos y la gloria de los genios, había yo aprendido á pronunciar con respeto el nombre de Roma, residencia y trono del Vicario de Jesucristo, del anciano sacerdote rey, á quien llaman padre millones y millones de católicos: sabía yo que en Roma déjase oír en ciertas ocasiones una voz contra la cual á nadie es lícito rebelarse, una voz que igualmente obliga á grandes y á pequeños, á soberanos y á súbditos; que de Roma, en fin, se envía una bendición bajo la cual se descubren é inclinan todas las cabezas humildes en las cinco partes del mundo conocido. Desde entónces he visitado muchas veces á Roma con el pensamiento y con la devoción; he sido peregrino del deseo y de la fé.

La profesion de las letras clásicas de Oriente, dulce tarea de los mejores años de mi vida, condújome naturalmente á un orden de estudios históricos y filosóficos que, partiendo de las alturas esplendorosas del Génesis, habian de llegar en su descenso por la vertiente de los siglos y de las escuelas y de las civilizaciones hasta el seno de esta sociedad romana, en que un día se resumen las glorias de lo pasado y las esperanzas de lo porvenir. ¿Quién no es un poco arqueólogo, un poco cultivador de la antigüedad, cuando esa antigüedad es la verdadera alcuernia científica, la ejecutoria digna de mayor respeto? Visitar aquellos lugares en que se realizaron los más importantes sucesos de la humanidad, y estudiar los sucesos mismos á la sombra del muro que de ellos fué testigo, recorrer los ámbitos donde tuvieron origen y desarrollo, y muerte acaso, las más famosas instituciones, y donde moraron los varones más insig-nes, es ver la historia en vez de leerla. Soñando dos horas despierto á la orilla del Tíber, aprendía Balzac más que en ocho días de estudio: yo, en mi insuficiencia, necesito soñar muchas más horas entre las ruinas y los monumentos de Roma; y las horas en que no sueño por mi cuenta, estudio á los sabios que de Roma y de sus cosas han escrito.

Amante de la belleza en sus más puras manifestaciones, y

educado el espíritu entre las armonías de los poetas de la *Biblia*, he procurado seguir por el camino histórico del arte en cada pueblo la marcha y las vicisitudes de su respectiva civilización; pero el estudio del arte no es eficaz ni completo sin el exámen detenido de las grandes obras en que brilla el genio, y la belleza, hasta donde es posible, se realiza. La arquitectura, la pintura y la escultura se someten, es cierto, á una serie de principios y de verdades que constituyen el fondo de la ciencia estética; pero también es cierto que las más luminosas teorías y los más sabios esfuerzos de la preceptiva y de la crítica alcanzarán exiguo resultado, si la doble vista del alma y del cuerpo no se familiariza con los modelos de la antigüedad, que son los verdaderos libros de texto del artista. Para estudiar la arquitectura en ruinas, que dan razón de edificios á que ni ántes ni despues ha llegado la magnificencia de los hombres, hay que medir y considerar los derruidos paredones de las termas de Caracalla y las bóvedas de la basílica de Constantino; para estudiar los primores del arte en los días de los reyes, en los tiempos de la república ó bajo el poder de los emperadores, y á la sombra bienhechora de los papas, hay que examinar la cloaca máxima y los acueductos, y el sepulcro de Cecilia Metella y el Pantheon de Agrippa, y el Anfiteatro y el arco de Tito y las termas de Diocleciano, y por último, la basílica de San Pedro.

Para buscar un vivo reflejo, si no la luz misma, que alumbró las regiones del arte en la patria de Pericles, hay que venir á Roma y penetrar en la ciudad de mármoles del Vaticano y del Capitolio y de Letran, y en los museos y en las villas: que sólo aquí dan razón cumplida de su genio Fídias y Myron y Scopas y Lysippo y Praxitéles: aquí se estudian el nacimiento y el progreso y la decadencia del arte romano; aquí se ve por épocas y por días la transformación que en la escultura opera la idea cristiana; aquí la rudeza de los siglos medios y la claridad del renacimiento y la tempestuosa inspiración de Miguel Ángel y el culticismo de Bernini y el delicado atildamiento de Canova..... todo, todo está escrito en preciosas páginas de piedra, más ricas de enseñanza que los libros de doctos teoristas.

La pintura, expresión más elevada, aunque menos duradera, de las ideas y de los sentimientos, tiene una historia que admirablemente se armoniza con la de las otras nobles artes, sus hermanas. De la fama de Timantho, de Parrhasio, de Zéuxis y de Apéles no ha llegado á nosotros más que el eco: la pintura griega no brilla ya sino en el aplauso elocuente de los escritores: ¡contraste singular! la palabra, elemento aún más ténue que la pintura, ha sido más feliz que los cuadros de aquellos maestros insignes. El arte antiguo romano escasas muestras había logrado salvar de los estragos del tiempo; pero la exhumación de Herculano y de Pompeya trajo á la luz y al estudio de los tiempos modernos los tesoros que hoy guarda el museo borbónico de Nápoles. Para el arte cristiano, que principia, puede decirse, en los tiempos apostólicos, Roma tiene en las catacumbas sus Herculanos y sus Pompeyas, y en Letran su gran museo de antigüedades cristianas. La historia *gráfica* de la pintura, y aún de las artes todas del dibujo, no puede conocerse á fondo más que aquí, merced á una interesante excursión artística en que el aficionado comience por visitar el cementerio de Priscila, donde hay frescos que alcanzan á principios del segundo siglo, quizá á fines del primero; prosiga por el de Domitilla y San Pedro y Marcelino, donde las vírgenes y las orantes del siglo III declaran con hermosos rasgos la antigüedad del culto de María; descienda á los subterráneos de Santa Ines en la via *Nomentana*, ricos de monumentos del siglo IV; se detenga ante los mosaicos de Santa María la Mayor, obra notable del siglo V, y ante la tribuna de San Pablo fuera de muros, y trasladándose á la cumbre del Celio éntre en el oratorio de San Venancio, donde está representado el arte occidental del siglo VII, y recorra luego los varios templos en que se veneran imágenes bizantinas libertadas del furor de los iconoclastas; y estudie al pié del Palatino el mosaico de Santa Francisca Romana ó el Triclinio Leoniano en la plaza de Letran; y busque entre las joyas de la biblioteca Vaticana las iluminaciones y pinturas que orlan los códices de los siglos X y XI; y contemple al otro lado el Tíber, en el mosaico de la basílica de Santa María, la decadencia del estilo antiguo y la visible invasión del nuevo; y sa-

lude en la *navicella* del Vaticano y en el Bonifacio VIII de San Juan de Letran el nombre de Giotto y la aurora del renacimiento; y penetrando, en fin, en las regiones espléndidas que alumbran los astros mayores de Masaccio y Fra Angelico, Leonardo Vinci y Miguel Ángel y el Peruggino y Rafael y Correggio, y Tiziano, y Carracci, y Dominiquino, jefes ilustres de renombradas escuelas italianas, llegue por el estudio detenido de las obras al conocimiento de las reglas y aún á la posesion del buen gusto. Esta excursion artística á lo largo de los siglos y á traves de las escuelas, solamente puede hacerse en Roma. Sería preciso carecer de aquel sexto sentido, por donde el alma se asoma al mundo de la belleza, para pasar de largo en las estancias del Vaticano y en las galerías de Roma sin detenerse á contemplar las maravillas que encierran. Hay obras ante las cuales el espíritu más perezoso despierta y se conmueve; obras con las cuales el corazon se comunica y hablan la fe y la esperanza; pinturas al fresco, como *La Aurora* de Guido, que vienen á ser el canto de un poema; y otras, como la *Galatea*, que son poemas completos. ¿Quién viene á Roma y escribe acerca de Roma, y no cuenta las impresiones que tantos prodigios de arte le producen?

En este libro ha de haber por necesidad páginas consagradas al exámen y al culto de la belleza artística: no sé cuántas; pero no deberán ser pocas, si han de contener siquiera un recuerdo de las principales joyas que forman este inmenso caudal de la ciudad de los Papas.

¿Tantos y tales son los atractivos que el viaje á Roma ofrece siempre á los que militan, siquiera en última fila, bajo la bandera pacífica de las letras y de las artes!

## IV.

¿Por qué, pues, con ser dulces y poderosos los atractivos de este viaje, y con ser avasalladora la impresion que Roma ejerce sobre los espíritus, el mio se oprime y suspira para responder

á la candorosa pregunta del pastor de Virgilio? *La tanta causa* del poeta mantuano significa, en la ocasion presente, la ruina material y moral de una gran nacion, el naufragio de la honra de un gran pueblo. El huracan de una rebelion, que no tiene ejemplo ni precedente en la historia de las ingraticudes humanas, ha traído al otro lado de las fronteras de España, con el símbolo augusto de las glorias y de las tradiciones de aquella hidalga tierra, á multitud de sus hijos, que apartan con dolor la vista, ya que no el corazon, del envilecimiento y de las angustias de su patria. Yo he venido á Roma, como va al centro, por la ley inflexible de la atraccion, la piedra desprendida en el espacio. En este puerto hay refugio seguro para todas las naves combatidas por la tempestad. Un católico, un amante del estudio y de la belleza, y sobre todo un español, no es extranjero en Roma, ni aún forastero; ésta, que es la patria de todos, lo es señaladamente de los españoles. Este sol se parece al de aquellas risueñas provincias de Levante y Mediodía; aquí, como allí, es perpétuo el reinado de las flores; lengua donde el sí resuena es la nuestra, lo mismo que la de Dante; la magnificencia religiosa, en su respectiva esfera, asemeja ambos países; el influjo español se ha dejado aquí sentir en todos los siglos, y de la munificencia y devocion de nuestros reyes y de nuestros mayores, hay aún en las *Siete Colinas* abundantes é insignes testimonios. Yo recordaré siempre con viva emocion, y mantendré toda mi vida,

*Nel cor pien d'amarissima dolcezza,*

estos dias de calma y de duelo inexplicables, en que me es dado visitar templos magníficos alzados en honor de la Virgen, cuando, á pesar de la distancia, siento repercutir en mi espíritu los golpes de la piqueta demagógica que destruye Santa María de Madrid y San Miguel de Sevilla, y que amenaza proseguir en su obra de desolacion; yo no podría pasar por delante de los tres cuadros de Murillo, que, aún con no ser obras maestras del gran artista español, figuran junto á las de primer orden en la Pinacoteca Vaticana, sin pensar al punto en aquel Real Museo de Madrid, tesoro que envidian todas las naciones de